

Jueves 5 de Octubre de 1922

EL DELIRIO DEL DIVORCIO

Una señora que, según se dice, ha sido enviada por el Gobierno a Estados Unidos, para investigar las reformas industriales y políticas que es conveniente implantar en nuestra tierra, ha hecho al "Evening Telegram" de Nueva York sensacionales declaraciones sobre la situación de la mujer chilena.

"Más de la mitad - con seguridad podría decir más del setenta y cinco por ciento - de las mujeres de Chile querrían divorciarse de sus maridos - ha declarado nuestra compatriota. Tan sólo en una ciudad hay medio millón de mujeres que querrían librarse de sus actuales lazos.

"Sus maridos no les son fieles. Tratarán tal vez con mucha política y cortesía a sus mujeres en público, pero tienen muchas otras mujeres que ellas conocen. Su cortesía de maneras no es más que un "camouflage", y sus esposas lo saben muy bien.

"Las esposas los llaman "hombres diablos", nombre muy adecuado".

Evidentemente, en estos datos hay exageración. Ni los maridos somos tan "diablos" como cuentan, ni las mujeres son tan partidarias del matrimonio como para desear el divorcio que, en el fondo, no es otra cosa que el deseo de contraer nuevas nupcias.

La prueba más evidente de que éste es el fin que se persigue al pedir el divorcio, son los cargos que se hacen a la Iglesia, que se niega a concederlo, y a la ley que, otorgándolo, respeta, no obstante, el vínculo. Si lo que buscan los reformistas no fuera un nuevo matrimonio, les bastaría con la separación de hecho.

Esto mismo es una demostración de que el feo sexo, a pesar de la infidelidad y otras monstruosidades que suelen achacársele, cuenta con la más franca simpatía de parte de las propagandistas del divorcio o, más bien dicho, de la "reprise" matrimonial.

Desgraciadamente - mirando la cuestión desde un punto de vista tan inmoral como egoísta, - su número es muy inferior al setenta y cinco por ciento. Apenas habrá, tal vez, un dos por mil partidarias de la ruptura conyugal, el amor libre y las variaciones sobre un mismo tema.

La literatura moderna - especialmente las novelas francesas - han desprestigiado, por cierto, bastante a los maridos; pero, así y todo, quien lea con detención esos romances, no podrá dejar de notar que lo que se ataca en ellos es el título, el cargo o la condición de cónyuge, y, en manera alguna, al hombre, que en la misma obra suele ser un ideal con respecto... a otra de las heroínas.

No se crea ver en estas observaciones un exceso de optimismo, ni menos un espíritu cerrado a la evolución del sexo débil.

Todo lo contrario. Soy partidario del feminismo; y lo soy, precisamente, porque creo que traerá como consecuencia la emancipación del hombre.

Hasta ahora el varón - a lo menos desde que rige el cristianismo - ha sido un esclavo de la mujer. Para ella trabaja todo el día; por ella tiene la obligación de presentarse diariamente a su casa; renuncia al derecho inalienable de practicarla amistad con la mitad - menos una - del género humano que sigue la funesta costumbre de usar faldas, y pierde, aunque no lo renuncie, el derecho a la diversión, al bochinche, a la juerga...

La mujer permanece en la casa más despierta y vigilante que el cabo de guardia en la puerta de un cuartel, y toma nota, como un contador, de las entradas y de las salidas. ¡Ay del marido en retraso que no sabe encontrar una disculpa oportuna!

¡Y éste es el amo, el déspota, el tirano, a quien las feministas tratan de pintar con tan negros caracteres!

Yo anhelo, por eso, el triunfo del feminismo. Cuando la mujer trabaje fuera del hogar, cuando vaya al club, cuando salga a divertirse con sus amigas, ¡qué vida tan apacible y dulce será la nuestra!

La esposa estará en la oficina, y el marido al cuidado de los niños, leyendo una novela u hojeando un figurín, no pensará en el mañana, seguro de que al fin del mes ella habrá de presentarse con el dinero suficiente para los gastos del hogar.

Claro es que uno se verá a veces en apuros para cumplir ciertas labores maternales, como la lactancia de los pequeñuelos; pero, en cambio, gozará del inefable agrado de imponer su voluntad en cosas sin importancia; Poder decir a la mujer: -¡No rumes, hija, porque me molesta y te va a hacer mucho daño! O bien: - He visto donde Dumas un tongo que es un encanto y que me sienta a las mil maravillas, ¿po qué no me lo compras?

¡Ah, cuando triunfe por completo el feminismo, y los hombres refugiados en el asilo tibio del hogar, sepamos que el mayor desagrado que podremos tener en el día será un disgusto con la cocinera o con el chisme de un amigo o el retardo de un vestido!

¡Qué descanso ignorar en absoluto lo que está haciendo el gobierno; no leer en los diarios más que la Vida Social; y, sobre todas estas delicias, protestar del omnimodo poder del otro cónyuge, y hablar de la conveniencia de implantar el "masculinismo" en defensa de los derechos del marido!

Todo - lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito - adquirirá nuevos encantos y atractivos; porque, como diría un cocinero psicólogo - el peligro es la salsa que da sabor a la vida; y no hay peligro donde hay dominio y fuerza superior.

Engañar, actualmente, a la mujer débil, confiada e indefensa, no tiene la menor gracia.

¡En cambio engañar al marido, a la autoridad, al poder!

El sport toma, entonces, caracteres heroicos, porque es preciso echar mano de la inteligencia, la agilidad y la sangre fría del torero ante las astas del toro.

¿Qué perdemos con el feminismo? La autoridad, que es de por sí antipática. En cambio, ganamos el papel de víctima, que atrae todas las disculpas y todas las simpatías. Podremos, entonces, como nuestra compatriota del "Evening Telegram", decir que en Chile, el setenta y cinco por ciento de los hombres desea divorciarse, y, acaso, no faltará un diario yanqui que lo crea y lo publique para vergüenza del país.